

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

LA CUEVA DEL DRAGÓN – NARRATIVA FANTÁSTICA

jordi@jordicasas.xyz

www.jordicasas.xyz

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN - 2002

Copyright © 2023 Jordi Casas Bolet

Diseño, maquetación y rotulación: Jordi Casas Bolet

Ilustración de la cubierta: Prettysleepy Art & Marketing (from Pixabay)

www.prettysleepyart.com - prettysleepyart@gmail.com

Los derechos de este libro quedan reservados exclusivamente a su autor.
Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna
parte de su contenido.

Impreso bajo demanda por Amazon

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

JORDI CASAS BOLET

La cueva del dragón

(Narrativa fantástica)

A mi pequeña Miquela
Por lo que eres. Por lo que serás.
Por lo que significas y representas.

Te quiero

A veces un camino te lleva a tu destino,
y otras veces el camino no te lleva a ningún sitio.
Pero siempre, el mejor camino a seguir
es aquel que el corazón te manda recorrer.

--El autor--

LA LADRONA

Me he hecho mil preguntas distintas a lo largo de mi vida. De ellas, muchas se han referido a la inmensidad del mundo que he recorrido, y gran parte del resto se han referido precisamente a la inmensidad del resto del mundo conocido que me queda por recorrer. He viajado por gran parte de los reinos de Ghregis, y he sido testigo de decenas de acontecimientos inimaginables que me han dejado con la boca abierta de asombro (aunque algo así tampoco es demasiado difícil teniendo en cuenta la raza a la que pertenezco). Soy curiosa por naturaleza, y lo que más me gusta de la vida es precisamente descubrir todos y cada uno de los secretos que ésta esconde en sus entrañas. Me llamo Nikky Wyler y soy de raza elghar. Ignoro lo que sabéis de nosotros, ya que los humanos nos describen de forma un tanto despectiva. Así que os diré que mido alrededor de metro cincuenta de estatura y soy de complexión delgada y esbelta. Tengo ciento once años nada más, lo que equivaldría para vosotros a una edad comprendida entre los quince y los veinte años. Mis ojos son de un intenso color verde menta y refulgen como esmeraldas. Soy pelirroja, y normalmente

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

llevo mi largo cabello ondulado suelto sobre los hombros. Nuestra raza está emparentada de lejos con los elfos, y por ello también nosotros lucimos unas divertidas orejas puntiagudas que causan cierta aversión a según qué personas. Al contrario que los elfos cuyo color de piel es ligeramente verdoso, los elghars tenemos una tonalidad tostada y saludable; y aparte mi nariz pequeña y algo respingona está rodeada por decenas de pequeñas pecas pardas que mucha gente ha calificado de tan seductoras como mis piernas.

Podría decirnos mucho más de mí, pero la verdad es que una de mis debilidades es precisamente hablar y hablar; ya que me encanta contar historias. Y aparte de viajar y vivir aventuras, escuchar leyendas antiguas es una de las cosas que más me entusiasman en este mundo. Así después las puedo contar a todos aquellos dispuestos a escucharme; aunque admito que no son muchos.

Os diré que tengo una habilidad especial; casi incluso mágica, y la cual suele asociarse enseguida a cualquier miembro de mi raza: A veces, de un modo casual y sin proponérmelo, los objetos que otras personas pierden se materializan en mis bolsillos de un modo inexplicable. No me preguntéis al respecto; ya que mis dedos son hábiles y rápidos y suelen moverse todavía más rápido que mis propios pensamientos. Lo único que sé es que me he metido en multitud de problemas a causa de "mi poder", y el relato que voy a contaros a continuación empezó precisamente por uno de tales problemas.

Mucha gente me ha dicho que suelo andarme por las ramas, así que lo mejor es empezar tal como es debido, y en mi opinión, el mejor modo es este: tal como empiezan muchos cuentos y leyendas que he oído por ahí. Esto es: Todo empezó...

LA LEYENDA

La plaza principal de la ciudad de Drykheer hervía de agitación pese al día gris y húmedo que gobernaba la mañana. Unas nubes oscuras se cernían sobre la urbe procedentes del norte y una fría brisa sacudía los pliegues de mi capa de viaje mientras sorteaba a los transeúntes que iban de aquí para allá comprando y mirando las mercancías que los mercaderes tenían expuestas en sus tenderetes. La mañana no acompañaba pero, pese a ello, el mercado de la ciudad seguía siendo uno de los más concurridos de Maronia.

Siempre he sido una criatura muy curiosa, y aquellos momentos no eran excepción alguna. Avanzando por entre centenares sino miles de personas que toqueteaban y estudiaban con ojo crítico la mercancía que los comerciantes anunciaban a voz en grito, dejé que mi mirada se perdiera por entre los miles de objetos, artefactos, tejidos, especias y tantos otros cachivaches que os podáis imaginar que llenaban los estantes y las mesas que a diario se montaban ex profeso para la ocasión. Dejando atrás tenderetes en las que podían apreciarse decenas de elaboradas alfombras confeccionadas en el sur del reino, y pasando a escasos centímetros de un

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

establecimiento de cerámica y artículos de piedra y gres, me interné en el barullo de gente, ignorando que de un momento a otro mis ojos se acabarían enamorando de algo tan hermoso:

Me detuve después de recibir un par de codazos y varios empujones (que aventuré que fueron hechos sin mala intención), y dejé que mis oídos de elghar se regocijaran con el calor de miles de voces gritando todas a la vez. La temperatura descendía progresivamente a medida que la mañana avanzaba, y los nubarrones crecían en el cielo como un fuego fatuo abrasando el alma de los condenados en el inframundo. Daba la impresión que empezaría a llover antes de la hora de comer.

Torcí la cabeza a derecha y a izquierda mientras la gente me rodeaba con varios empujones, y dejé que mis ojos verdes hicieran aquello que tan bien sabían hacer (es decir, contemplar a su alrededor hasta encontrar algo que mereciera mi atención), y de este modo no tardé demasiado en descubrir el pequeño establecimiento ambulante de un anciano herrero. Me llamó la atención sus elaboradas dagas de bronce y sus espadas de acero elegantemente forjadas y templadas mediante técnicas desconocidas para gran parte de la gente que ignora la complejidad de semejante arte. De todas ellas había una que me hizo abrir la boca de par en par y logró hacer que mi mirada centelleara de gozo: se trataba de una daga de hoja ancha de unos veinte centímetros de largo. Su empuñadura parecía una serpiente enroscada sobre sí misma y el guardamano su boca abierta de par en par y de cuyo interior brotaba la hoja de tan bella arma de acero talmente de su lengua se tratara. He de decir que mi reacción fue casi instantánea:

Contemplé de forma disimulada a mi alrededor: descubrí que nadie parecía advertir que una chica hermosa y pelirroja de raza elghar como yo merodeaba por los alrededores, y cuando me aseguré que el viejo herrero no miraba, deslicé la mano de forma instintiva y casi refleja, y cerré mi pequeña

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

manita en torno a tan bella hoja de acero. Soy una excelente lanzadora de cuchillos; de hecho anteriormente me había ganado la vida con ello, y por eso sabía que aquella arma sería perfecta para tales menesteres. Lo único que tenía que hacer era guardármela entre los pliegues de mi capucha y salir de allí sin llamar la atención.

–Me parece que es un poco cara para ti, chiquilla– la voz del viejo herrero me sacó de mi particular ensoñación, e hizo que desistiera en mis intenciones.

–¿Cuanto pide por ella?– pregunté tratando de parecer interesada; pero no del modo en que en realidad lo estaba.

–Me costó veinte días lograr este acabado final– murmuró el anciano levantándose del taburete sobre el que se sentaba medio encogido y me arrebató el acero de las manos– Ni con cien piezas de oro podrías pagármela.

Me aparté unos pasos e hice un gesto con la cabeza para darle a entender que realmente no podía pagar semejante hermosura. Pero mi mente no dejaba de evocar cada uno de los elegantes detalles de aquella daga de acero, y en voz baja y para mis adentros me dije que volvería a intentarlo en otro momento. Como elghar que soy, soy terca como una mula y raramente me olvido de aquello que se me mete entre ceja y ceja. Le había echado el ojo a aquella daga, y tened por seguro que haría todo cuanto estuviera en mis manos para hacerme con ella antes de la hora de comer.

Decidí dar una vuelta por los alrededores mientras esperaba que llegara el momento más oportuno. Dejé que mi mirada se regocijara con los alegres colores de cientos de tapices y cuadros pintados al óleo, y me maravillé cuando descubrí una parada de bollos que un panadero de la ciudad había puesto frente a su tienda. El olor de bollos de azúcar y miel llenó de inmediato mi olfato, y segundos después ya degustaba uno de ellos sin saber siquiera cómo había llegado a mis manos. Ya os lo he dicho antes: mis manos se mueven sin siquiera darme cuenta.

Y fue entonces; mientras saboreaba tan dulce y delicioso

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

bollo y me chupaba la miel que pringaba mis dedos cuando descubrí el más bello artilugio que mis ojos verdes jamás habían contemplado:

La vi en el tenderete de un rechoncho mercader de cerámicas y objetos de cristal. Entre una pequeña hada de porcelana y un carro tirado por bueyes de transparente cristal, había un objeto de contorno llamativo cuya forma recordaba una pirámide de cuatro lados. No era más grande que una manzana y parecía confeccionada o tallada en un cristal o piedra para mí desconocida y de un color rojo intenso. Cuando acerqué mi mirada vivaracha y sorprendida a tan precioso objeto advertí que de su interior nacía un resplandor todavía más rojo y brillante que latía como un corazón, y cuando acerqué mi mano para acariciar su superficie descubrí que el fulgor se intensificaba del mismo modo que el pulso durante una prolongada carrera.

En ese momento supe que semejante hermosura tenía que ser mía y olvidé por completo la daga de la serpiente.

–¿Cuanto pedís por la pirámide?– pregunté al rechoncho y soñoliento mercader. Éste se levantó del pequeño taburete, se calzó sobre su pequeña nariz unos anteojos minúsculos y se inclinó sobre su mercancía para ver con mayor claridad la pieza que mi dedo señalaba con insistencia.

–Doscientas monedas de oro y es tuya, pequeña– respondió el anciano volviendo a sentarse y sin apartar la mirada de mí– Es un precio asequible teniendo en cuenta que se trata de ámbar rojo.

Yo no respondí y permanecí con la boca semi abierta de asombro y contemplando el lento latir del fulgor del interior de aquel objeto que me tenía enamorada. Doscientas monedas era un precio demasiado alto para mi bolsillo y tardaría bastante tiempo en reunir el dinero suficiente para poder pagarme tan bello capricho.

–Tengo noventa monedas de oro en el bolsillo– dije sin saber qué pretendía conseguir; ya que de hecho, en mi bolsillo apenas tenía tres o cuatro monedas de bronce. Pero

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

peor era no intentar nada, ¿no creéis?

–Podría sacar trescientas piezas por ella– masculló con una mueca de fastidio mientras estudiaba con atención mis manos como esperando advertir cualquier movimiento sospechoso por mi parte (hay que ver la fama que tenemos los de mi raza)– Así que...

Hundí las manos en los bolsillos y me alejé un par de pasos del tenderete, pero mis ojos seguían como hechizados contemplando el hermoso y centelleante fulgor rojo de aquella delicada pirámide. Era tan perfecta su belleza que no parecía haber sido confeccionada por ninguna mano mortal, y durante todo el tiempo que permanecí mirándola fantaseé con la posibilidad de que hubiera sido moldeada por la mano cuidadosa de algún dios. Cada vez lo tenía más claro: tan bello objeto tenía que estar entre mis posesiones.

Decidí darme un garbeo por los tenderetes próximos al del rechoncho mercader, y no dejé de apartar la mirada de semejante hermosura ni cuando me vi devorada por la inmensa multitud que saturaba el mercado. En mi cabeza empecé a oír una música inclasificable que me hacía latir con fuerza el corazón, y de forma compulsiva y para mis adentros no dejé de repetir que tenía que ser mía a cualquier precio. Únicamente tenía que esperar el momento más oportuno. Y mi experiencia me confirmaba que no tardaría mucho.

La temperatura siguió bajando durante los siguientes minutos y el aire que soplaba sobre la ciudad se tornó lo suficientemente fuerte como para hacer peligrar las lonas que cubrían la gran mayoría de los tenderetes del mercado. Mucha gente empezó a desfilarse hacia sus domicilios, y muchos otros se dirigieron a las tabernas cercanas para remojar el gahzate y calentar sus cuerpos. Pero yo seguía en mis trece. Paseé durante casi una hora con talante despreocupado por los alrededores del establecimiento que tenía toda mi atención, y cuando advertí que el viento se intensificaba y las primeras gotas de lluvia empezaban a dejarse caer, decidí entrar en acción:

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

La multitud se disolvía a la par que se oscurecían las nubes de tormenta, y las voces y las risas de niños y no tan niños se fueron apagando a medida que el tiempo iba empeorando. Los mercaderes, viéndose venir el aguacero que se aproximaba empezaron a desmontar sus paradas cuanto antes, y yo aproveché semejantes minutos de incertidumbre para acercarme de nuevo al tenderete del anciano gordinflón y esperé a que éste empezara a empaquetar su valiosa y delicada mercancía.

Aguardé en silencio varios minutos mientras el anciano guardaba sus piezas más delicadas en el interior de cajas de madera rellenas de paja. Durante un tiempo prolongado estudié sus ademanes cuidadosos mientras sus manos cogían delicadamente las pequeñas figurillas de cristal para depositarlas con el mayor cuidado entre la paja de las cajas, y apilarlas a continuación en la caja de su carro. En el momento en que se dio la vuelta para coger una caja vacía del suelo y reanudar así su trabajo, yo cubrí los dos metros que me separaban de él con una zancada larga, extendí mis dedos con habilidad y velocidad innata, y antes de que el anciano se diera cuenta de lo que había hecho, cogí la pequeña pirámide, me di la vuelta y me dispuse a echar a correr para perderme entre la gente que todavía quedaba en la plaza. En un par de minutos habría desaparecido de allí y nadie se habría dado cuenta de nada.

Pero una vez tuve guardado el preciado objeto de ámbar en un bolsillo de mi capa, y mi cerebro daba ya la orden a mis piernas de que echaran a correr, una mano fuerte e inmensa se cerró en torno a mi cuello, y una voz quejumbrosa y profunda, como salida de las profundidades más profundas del infierno me detuvo y me hizo estremecer por su tono de malsano enojo:

—¿Dónde crees que vas, jodida ratera?

Levantándome con una sola mano y por el cuello, el gigante me dio la vuelta hasta que nuestras miradas se cruzaron y pude escrutar las facciones de semejante mole: Lo

LA PIEDRA DE LA CREACIÓN

primero que vi fue una mandíbula de dragón que ocultaba el rostro de un ser enorme y musculoso. Dos ojos negros y tan profundos como la misma voz de su dueño me taladraban desde el interior del yelmo que calzaba, y una armadura completa y plateada centelleaba funestamente bajo el cielo encapotado de aquella mañana de otoño. Una vez superada la impresión inicial logré reconocer el emblema del señor de la ciudad grabado en el peto metálico de la armadura (un emblema consistente en una cabeza de dragón rodeada por cuatro rosas negras). Se trataba de uno de los soldados del cuerpo de seguridad de la ciudad encargados de la vigilancia del mercado; precisamente puestos allí para evitar situaciones como la que yo había provocado.

–¿Es a mí?– respondí con incredulidad, dirigiéndole una de mis miradas de circunstancias– Si hacéis el favor de soltarme el cuello tal vez podáis explicarme a qué viene todo esto...

–Es increíble la jeta que puede tener uno de tu raza– soltó el soldado dejándome en el suelo pero sin dejar de apretarme el cuello– Acabo de pillarte metiéndote el botín de un robo en el bolsillo y todavía tienes los cojones de hacerte la víctima.

–Disculpád mi ignorancia, buen soldado– respondí yo haciéndome la sorprendida con convincente naturalidad– Pero no se a qué os referís. Yo simplemente miraba y me disponía a marcharme antes de que empezara a llover.

–En ese caso no tiene por qué molestarte si te pido que vacíes tus bolsillos.

–Por supuesto que no– respondí– Pero preferiría que me soltarais el cuello. He de decir que semejante postura es algo incómoda.

Durante unos segundos advertí cierto titubeo en sus ademanes, y justamente por eso pensé que podría escabullirme de él si actuaba con la misma ingenuidad que hasta entonces. Por ello añadí:

–Sois un soldado muy fuerte y corpulento. Podríais fracturar mi cuello sin pretenderlo mientras intento

demostrar mi inocencia.

Y mi treta surtió el efecto deseado mucho antes incluso de lo que yo esperaba. La enorme tenaza que se cerraba en torno a mi cuello se abrió ligeramente, y gracias a ello pude fingir que cogía aire para suavizar la situación en la que nos hallábamos inmersos. Una vez el soldado creyó que no trataría de hacer nada para escapar, le solté una fuerte patada en la espinilla con la punta de mi bota de media caña, y gracias a la sorpresa inicial (que no al dolor) conseguí unos segundos de margen en los que la tenaza de mi carcelero se abrió totalmente, y eché a correr en la primera dirección que se me ocurrió. Con una sonrisa en los labios y riendo para mis adentros, efectué algunos pasos de baile debido a la euforia que sentía y me dirigí a las callejuelas cercanas del centro de Drykheer, a la espera de poder despistarle si se atrevía a perseguirme.

Los gritos del soldado corriendo detrás de mí rivalizaron en fuerza con los sonidos que producía su armadura cada vez que hacía una zancada. Pocos minutos después de empezar mi huida advertí los sonidos metálicos de varios soldados más que me perseguían del mismo modo frenético en el que yo corría, y cuando torcí por el recodo de una estrecha callejuela y me interné callejón adentro dejando atrás puertas viejas y carcomidas, porches cerrados, ventanucos entornados y gente curiosa que no apartaron los ojos de mí hasta que no torcí por otro recodo, no me decidí en girar la cabeza lo justo para enfrentarme con la mirada a los cinco soldados que me perseguían con sus espadas desenvainadas y dispuestos a hacer conmigo empanadas de elghar.

Corrí como una demente sin dejar de reír en ningún momento, y agradecí a mi diosa fortuna que me hubiera puesto en bandeja semejante e intensa aventura. Como elghar que soy disfruto cada aventura que el destino me pone por delante, y en aquellos momentos deseaba que la persecución se prolongara durante el máximo de tiempo. ¡Dios, cómo me gustaba vivir esas situaciones!